

La Odisea al Paraíso. La peregrinación a Jerusalén de Don Fadrique Enriquez de Ribera

Pedro García Martín

Arbor CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril 2005), 559-580 pp.

En 1518, don Fadrique Enríquez de Ribera, Adelantado de Andalucía, peregrina desde Sevilla hasta Jerusalén. La fe católica le lleva a recrear la pasión de Cristo en los Santos Lugares. Pero también su formación humanista, la cultura de las armas y las letras del Renacimiento, le mueve a recorrer las ciudades repúblicas italianas. Al regresar a su morada, en 1520, hace edificar la Casa de Pilatos, donde recuerda su experiencia romera en un diario e introduce el estilo renacentista en los palacios hispalenses. En el retiro de ese locus amoenus soñará con la visión de la Tierra Prometida. Aquel viaje fue su cruzada pacífica a los paisajes de Tierra Santa. La Odisea al Paraíso.

«Esta tierra le fue dada por Dios a los hijos de Israel, una tierra en la que, como dicen las Sagradas Escrituras, fluyen la leche y la miel. Jerusalén es el ombligo del mundo, una tierra sobremanera fértil, igual a otro Paraíso de delicias».
Atribuida a Urbano II por el monje Roberto (ca. 1095).

«Allegamos a Jerusalem este día jueves, a las vísperas poco mas, que no fue poca el alegría cuando lo vimos».
Don Fadrique Enríquez de Ribera:
Viaje a Jerusalén (agosto de 1519).

La tierra prometida de leche y miel. El ombligo del mundo conocido. El jardín de las delicias. Todo eso y mucho más simboliza Jerusalén. La ciudad moral, alegórica y perfecta de las grandes religiones monoteístas. Puesto que para la tradición cristiana era el Paraíso Terrenal, escenario de la pasión de Cristo, donde se cumplirían las predicciones apocalípticas. Para la judía, alguna de sus puertas, daría paso al infierno donde ardía la ira de Dios. Para la musulmana, que situaba en la Mezquita de Omar la ascensión de Mahoma a los cielos, también dos entradas de signo contrario conducían al frescor del oasis divino o al fuego devorador del abismo. Las tres confesiones abrahámicas estimaban la Ciudad Santa como el microcosmos del Edén. Adonde allegaban los peregrinos para alegrar el corazón; recomponer el cuerpo; elevar el espíritu. La cruzada pacífica a los paisajes de Tierra Santa. La Odisea al Paraíso¹.

En pleno Renacimiento, el Marqués de Tarifa, a la sazón don Fadrique Enríquez de Ribera, peregrina desde Sevilla a Jerusalén. La nobleza católica del *Cinquecento* había heredado la concepción medieval del cristiano como *homo viator*, transeúnte por esta vida hacia la salvación eterna, cuyo trasunto mundano era caminar «por vía de paz» a la Tierra Santa de la Promisión. Tanto de la semántica latina, donde la palabra *peregrinatio* deriva de *per ager* («por el campo»), como del verbo árabe *hajj* («ir a»), puede deducirse la definición del peregrino como un viajero que abandona su casa, toma una ruta y llega a un lugar sagrado. Es allí donde se encuentra con el misterio religioso. De manera que los periplos por *via sacra* se consideraban actos meritorios que escenificaban lo que sería el viaje final de todos los fieles. El paso de las almas a los espacios que les deparaba la geografía de la eternidad.

En esta convicción hallaremos durante siglos a creyentes de diferentes estamentos, arropados por crecidos caudales o despojados de bienes materiales, enfilando la marcha hacia los grandes santuarios de la Cristiandad y las modestas ermitas locales. Y es que los teólogos hacían un distingo entre las *peregrinationes maiores*, dirigidas a los lugares sacros de las Ciudades Santa, Eterna y Compostelana, y las *peregrinationes minores*, que serían todas las demás². Dante Alighieri nos lo recuerda mediante su «dulce estilo nuevo» en su obra *Vita Nuova* (1293):

«E però è da sapere che in tre modi si chiamano propriamente la genti che vanno al servizio de l'Altissimo: chiamansi palmieri in quanto vanno oltremare, là onde molte volte recano la palma; chiamansi peregrini in quanto vanno a la casa di Galizia, però che la sepultura di sa' Iacopo fue più lontana de la sua patria che d'alcuno altro apostolo; chiamansi romei in quanto vanno a Roma, la òve questi cu'io chiamo peregrini andavano»³.

Al cabo del tiempo, peregrinos y romeros pasarán a ser términos sinónimos, aplicados en el lenguaje coloquial a todos los fieles que se desplazaban para visitar lugares sagrados. Además, tanto en los tratados de la mística de la peregrinación como en los diarios de viaje, a veces se hacía mención a las visitas consecutivas a los santuarios mayores y a las capillas marianas, combinándose así los distintos destinos místéricos. Metas y rutas que formaban parte de la cultura cristiana del peregrinaje, en la que los viajeros empleaban como lengua universal el latín, encomendándose a los mismos santos protectores de los caminos, ora Santiago ora San Cristóbal.

Ahora bien, de la misma naturaleza romera participaban los descubridores del Nuevo Mundo, que, en paralelo a la expedición de don Fadrique Enríquez a Palestina, surcaban el Atlántico ampliando el mapa ecuménico moderno. Pues si bien desplazaban a la Ciudad Santa del centro del mundo conocido, algún resabio de memoria jerosolimitana guardaban esos peregrinos del mar, cuando el propio Cristóbal Colón creyó encontrar el Jardín del Edén en las Indias. Y, no obstante el ansia de riquezas materiales que anidaba en los expedicionarios, el Almirante no se olvidará de las gracias espirituales que podían ser recuperadas con estos nuevos recursos, anotando en su diario:

«Y aquello (la obtención de oro) en tanta cantidad que los reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir a conquistar la Casa Santa, que así protesté a Vuestra Alteza que todas las ganancias de esta mi empresa se gastasen en la conquista de Jerusalén»⁴.

Es cierto que los cortesanos y aún los reyes esbozaron una sonrisa ante este «colombinismo». Pero no lo es menos que el Monarca Católico nunca renegará del título de Rey de Jerusalén y que la Cruzada subsistirá como soporte ideológico de la geoestrategia política. El Viejo Mundo por el que peregrina el Marqués de Tarifa estaba postergando a la Tierra Santa como Edén terrenal. La Odisea al Paraíso navegaba ya por los océanos del *Orbis Terrarum*.

I. La cruzada pacífica bajomedieval

Las peregrinaciones a los Santos Lugares se habían convertido para los fieles cristianos de la Baja Edad Media en una suerte de «cruzada pacífica». De manera que podemos asignar caminos inversos a la cruzada y a la peregrinación. La primera pasó de ser una peregrinación pacífica en sus orígenes a convertirse en una guerra santa en su desarrollo

medieval. En cambio, la segunda, mudó de itinerario místico a cruzada pacífica en los siglos modernos⁵. No olvidemos que las expediciones militares eran también peregrinaciones a Tierra Santa, en las que los cruzados gozaban de indulgencia plenaria, donde los muertos en combate se consideraban mártires. En ellas, la motivación era la salvación colectiva, la gloria inmediata. Y sólo al remitir el entusiasmo inicial de las Cruzadas, al desmoronarse los reinos latinos de Oriente, será cuando los peregrinos marchen en pos de la salvación individual de sus pecados.

La nueva sensibilidad cultural de la Europa del *Quattrocento* se manifestará, entre otros órdenes, en los diarios de los peregrinos. Merced a estos testimonios detectamos los cambios operados en las romerías a Tierra Santa. Ello nos lleva a hablar de un nuevo panorama viajero que afectará a las rutas, los transportes y las actitudes receptoras de los musulmanes custodios de los Santos Lugares. Los itinerarios se hicieron más regulares y estacionales, prefiriéndose el marítimo sobre el terrestre, así como los meses estivales a los demás. La caída de Constantinopla en poder otomano, su avance hacia Viena y la Península Itálica, hizo inseguros los caminos, al tiempo que se infestaron las aguas mediterráneas de naves berberiscas al servicio de la Sublime Puerta. De resultas, los vehículos más utilizados serán naos y galeras fletados en Génova y, sobre todo, desde Venecia, que se especializa en estos periplos hacia Palestina. Esto se debió a una esmerada organización de los servicios de la ciudad, junto a una oferta naviera adecuada, en torno a las cuales el Senado dictará leyes para regular los contratos entre patronos y viajeros y vigilar su correcta aplicación. Por fin, los gobernantes musulmanes de Tierra Santa, mamelucos desde 1250 y otomanos desde 1516, no renunciaron a ser la némesis del Imperio español y de sus aliados cristianos en el Mediterráneo. Pero esto no fue óbice para que se percataran del notable negocio peregrino, concretado en el cobro de tributos por visitar templos y estaciones a los palmeros, junto a la derrama de caudales por alojamiento, manutención y desplazamientos extraordinarios.

En esta tesitura de mudanzas, los relatos de las peregrinaciones reflejan la inquietud espiritual del momento, pero también dejan entrever que los motivos del viaje no fueron siempre religiosos.

Así, por poner algunos ejemplos, a principios del siglo XV los nobles Gilberto de Lannoy y Bertrandon de la Broquiere, se adentraron en tierras anatolias y siríacas con una década de distancia entre ambos, disfrazándose con el hábito y el bordón hasta infiltrarse en una caravana árabe procedente de La Meca. Les habían financiado las expediciones los duques de Borgoña para que recabaran en secreto información militar. El

objetivo último de sus misiones era sopesar la posibilidad de una nueva cruzada contra el creciente Imperio otomano que amenazaba a Europa.

De tintes caballerescos fueron los recorridos del conde de Warwick tal como recogen los detallados dibujos de su diario. Éste partió de Inglaterra en 1408 y alcanzó en galera las costas palestinas. Como correspondía a un noble cristiano, a imitación de sus pares romeros, ofreció su escudo de armas en la iglesia del Santo Sepulcro. En prueba de la cortesía anfitriona, el lugarteniente del Sultán le obsequió con un ágape y le colmó de regalos, devolviendo el inglés la invitación a las autoridades mamelucas. A su regreso a Europa participó en cuantos torneos le salieron al paso y culminó su peregrinación armada tomando parte en la cruzada teutónica que se libraba en los confines de Prusia.

Con pinceladas más tradicionales se nos pinta la narración de Nompar de Caumont. Dicho aristócrata aquitano embarcó en 1419 en Barcelona y, tras una escala en Rodas para obtener la compañía de un freyre de San Juan que gozaba fama de santidad, aquél le sirvió de testigo cuando fue armado caballero en el templo del Santo Sepulcro. De todo ello dará cumplida noticia en su viaje de regreso por Chipre, Sicilia y Francia⁶.

Más fantásticas y exploradoras fueron las famosas andanzas de Pero Tafur, quien entre 1435 y 1439 no sólo pisó Tierra Santa, sino que recorrió ciudades islámicas y bizantinas, repúblicas italianas y regiones del Sacro Imperio Romano Germánico. Además, la obsesión de nuestro aventurero andaluz no era tanto ganar indulgencias y rendir culto a las reliquias, como aumentar su prestigio social y sublimar el carisma de la sangre azul mediante el viaje⁷.

A lo largo de la segunda mitad del *Quattrocento*, el género jerosolimitano contará con una producción cada vez más abundante y con contenidos paralelos, desde el *Viaggio in Terrasanta* di Santo Brasca en 1480 hasta la *Pilgerreise von Constanz nach Jerusalem* en 1486. De toda esta bibliografía palmera, uno de los títulos que sentará plaza en las bibliotecas humanistas será el *Viaje de la Tierra Santa* de Bernardo de Breydenbach, cuya edición bilingüe en alemán y latín del año 1486 conocerá numerosas traducciones en toda Europa. Al punto que un ejemplar del mismo obraba en poder de don Fadrique Enríquez de Ribera en su casa de Sevilla antes de iniciar su periplo a Jerusalén. En este éxito editorial influyó tanto la viveza de la crónica impresa como la belleza de los grabados, los cuales fueron hechos por mano del romero y pintor Erhard Reuwich, azuzando la curiosidad occidental por las panorámicas exóticas. Además, la expedición de este canónigo de Maguncia, verificada entre 1483 y 1484, contará con la compañía de los caballeros Juan de Solms

y Felipe de Bicken, y, ya en Venecia, con la del dominico Felix Fabri, quien, a su vez, dejará apreciadas informaciones culturales del viaje en sus obras *Evagatorium* y *Peregrino de Sión*. En ambos casos, los peregrinos germanos no sólo marcharán en pos de la ansiada Palestina, sino que aprovecharán la ocasión para recorrer Arabia, el Sinaí y Egipto, y aún el bueno del monje repetirá peregrinaciones a Roma y Santiago de Compostela⁸.

También de Centroeuropa procederán viajeros que recalán en los santuarios de las *peregrinationes maiores* movidos por los más variados intereses. El mercader Peter Rindfleish marchará en 1496 a Jerusalén y en 1506 a Santiago combinando el precepto religioso con los asuntos comerciales. Hieronymus Münzer, cuando viaje a Italia en 1484, no dejará de visitar la Ciudad Eterna, y cuando lo haga a España en 1494 rendirá culto al apóstol Santiago. Y, en fin, Arnol von Harff caminará en 1496 a Tierra Santa y en 1498 a Compostela espoleado por la tradición nobiliaria, avidez cultural y nostalgia de latitudes orientales, que serán satisfechas mediante sus incursiones en tierras egipcíacas y turquescas.

En consecuencia, en los albores del *Cinquecento* los acicates de este flujo transeúnte a los Santos Lugares no sólo consistían en la recompensa piadosa de revivir la tradición pasionista de Cristo, ganar indulgencias en las sucesivas estaciones, venerar santos y cumplir promesas de fe. Sino que también estaban motivados por razones políticas y económicas, estratégicas y culturales, así como por el deseo de conocer de primera mano los pueblos exóticos de Oriente Próximo. Las peregrinaciones participaban del concepto renacentista de *Ritterfahrt* o viaje del caballero para recorrer países lejanos investido de espíritu aventurero. Pero con matices. Así, aunque a todos los santuarios podían concurrir fieles de distinta categoría social, la peregrinación a Santiago y a Roma será más abierta a las masas populares, mientras que la de Tierra Santa quedará reservada a la nobleza y la rica burguesía por el elevado coste del viaje, sin que falten personajes arrojados que se adentraban en territorio infiel a la buena ventura.

De resultas, en el siglo XVI la excursión penitente a la Ciudad Santa adolecerá de una acusada polarización social. Sólo será emprendida por una minoría rica, en su mayor parte aristocrática y burguesa, acompañada por una comitiva y dulcificada por las comodidades que se podían conseguir librando dineros. O bien por desarrapados buscavidas y errabundos que sobrevivían gracias a la limosna caritativa y a las tretas de la picaresca. De ello dará cuenta Miguel de Cervantes pasado el siglo, en su obra póstuma *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, donde da pábu-

lo a la queja romera: «pero estoy mal con los malos peregrinos como son los que hacen granjería de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable; con aquellos, digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres. Y no digo más, aunque pudiera».

II. La peregrinación en el Renacimiento: El periplo de Don Fadrique Enriquez de Ribera

En el Renacimiento, como va dicho, proliferan los diarios romeros. En tanto, las peregrinaciones suscitan una agria polémica confesional, acorde con una Europa desgarrada por las guerras de religión. Al tiempo, se redefinen las rutas, los vectores y las leyes de los viajes a Tierra Santa. Los peregrinos partirán de los distintos países y ciudades de la Cristiandad católica: Félix Fabri desde Ulm, Santo Brascha desde Milán y Pierre Barbatre desde Vernon lo harán en 1480; Bernardo de Breydenbach desde Maguncia en 1483; Fray Antonio de Lisboa desde Tomar en 1507; don Fadrique Enríquez de Ribera desde Bornos en 1518; Iñigo de Loyola desde Roma en 1523; Fray Antonio de Aranda desde Alcalá de Henares en 1529; Pedro Ordoñez Ceballos desde Sevilla en 1565; Fray Pantaleao de Aveiro y fray Bonifacio de Ragusa desde la Santa Sede en 1566; Pedro Escobar Cabeça de Vaca desde Valladolid en 1586; Francisco Guerrero desde Sevilla en 1591; Juan Cerverio desde Canarias en 1595; Miquel Matas desde Cataluña en 1602...⁹. La mayoría combinarán un itinerario terrestre con un periplo marítimo por derrotas seguras para navegantes. De manera que, desde los cuatro puntos cardinales de la Cristiandad, formando comitivas con otros romeros para mayor seguridad, los palmeros confluían en los puertos mediterráneos de embarque hacia Levante. La Odisea al Paraíso, sin obviar su aderezo espiritual, se estaba convirtiendo en una excursión ociosa para privilegiados.

II.1. *El aprendizaje nobiliario*

Esta renovación de valores la encarna en primera persona la figura del Marqués de Tarifa. En el año del Señor de 1476, nació en Sevilla el hijo primogénito de don Pedro Enríquez de Quiñónez y de doña Catalina de Ribera y Mendoza, bautizado como don Fadrique Enríquez de Ribera. El matrimonio había aliado a dos poderosos linajes sevillanos en un nuevo mayorazgo, en los que los monarcas delegaron su autoridad en la ciudad,

al confiarles el cargo de Adelantados de Andalucía. De manera que su primogénito vino a sumarse a una larga lista de antepasados que desempeñaron altos cargos al servicio de la Corona de Castilla¹⁰. Es por eso que en sus años de formación combinará las armas con las letras. La milicia, pues participó junto a su padre en las escaramuzas moriscas de la Axarquía malagueña, así como en las campañas de conquista del reino nazarí de Granada. Y los libros, al recibir una formación humanista en la escuela para nobles que acababa de abrir en la Corte el preceptor Pedro Mártir de Anglería, quien fue el primero en hablarle del Renacimiento italiano.

La combinación de herencias y títulos, propicia que, en 1505, don Fadrique reciba a la muerte de su madre uno de los mayores patrimonios de su tiempo, redondeados con la concesión de la Alcaldía Mayor de Sevilla por el rey don Fernando y de un amplio bulario por el papa Julio II. Es el tiempo en el que los cronistas loan a Sevilla como la «Nueva Roma» del Imperio español, adonde confluyen comerciantes y pícaros, cosmógrafos e impresores, artistas y literatos, para deslumbrarse con el reflejo de los metales preciosos llegados de Indias. En este hervidero cosmopolita, el futuro peregrino va pergeñando su aventura oriental, alimentado tanto por una atmósfera espiritual mesiánica, como por una febril vocación bibliófila. Los alicientes que unos años después le empujarán a transitar desde los países de España a los paisajes de Tierra Santa. Las andanzas que, fijadas en un diario miniado, nos legará como si se tratase de un portulano colorista del Mediterráneo.

En los albores del mundo moderno, las peregrinaciones jerosolimitanas estaban en el alero del debate confesional, en el punto de mira de los reformadores. Mientras los luteranos las censurarán sin paliativos, los católicos las considerarán un factor de afirmación estamental. Pues su modelo nobiliario era el militante en la defensa de la fe verdadera y el seguidor de la figura de Cristo como ejemplo a imitar. Las motivaciones que concurrieron en el Adelantado de Andalucía para peregrinar a Jerusalén están en consonancia con ese arquetipo aristocrático: el agradecimiento por la reconquista de Granada, y, con ella, por la unidad religiosa del reino; el cumplimiento de la Regla de la Orden de Santiago, dada su calidad de comendador; la costumbre familiar de visitar santuarios marianos y ermitas de su señorío; el deseo de conocer de primera mano el fenómeno del Renacimiento italiano, y; el riesgo de correr una aventura más o menos controlada durante su periplo. Ese punto álgido de peligrosidad se alcanzaba al embarcarse en una nave que singlaba el Mediterráneo oriental, siempre al paio de los albuces climatológicos, pero también de los rapaces piratas que infestaban la derrota nautila.



FIGURA 1. Carta del viaje de ida de don Fadrique Enriquez hecha por mano del cosmógrafo Pedro García Martín en su taller de Madrid

Cuando don Fradrique inicia los preparativos de la expedición, ya había reunido en los cuarteles de su escudo heráldico una valiosa relación de bulas pontificias y títulos reales: Adelantado de Andalucía, Marqués de Tarifa, Alcalde Mayor de Sevilla y señor de Alcalá de los Gazules. Estas credenciales habían hecho de su Casa y vínculo uno de los más prestigiosos de la ciudad hispalense, reforzadas por sus excelentes relaciones con los Reyes Católicos y Carlos I, quienes le depararon el tratamiento familiar de «nuestro tío e primo». De ahí que dejase en manos de su hermano don Fernando Enríquez la administración de los asuntos materiales, mientras estuviese ausente, sin sospechar que éste hubiera de encabezar el partido imperial en la represión de los comuneros sevillanos.

Entre tanto, se dispuso la necesaria intendencia en orden a criados, medios de locomoción y víveres, cursándose cartas a mercaderes paisanos que tenían oficina abierta en Venecia y a la chancillería pontificia para que le librasen caudales llegado el momento. Pero, sobre todo, llama la atención lo bien documentado que iba el Marqués, para mermar los peligros y seguir al pie de la letra los itinerarios al uso. De manera, que no sólo había leído obras de astronomía y navegación, desde Ptolomeo de Alejandría hasta Alfonso X El Sabio, sino también libros de viajes y aventuras, desde el *Libro de las maravillas* de Marco Polo a *La gran conquista de Ultramar*. Además de volúmenes directamente relacionados con las peregrinaciones, como el *Viaje de la Tierra Santa* de Bernardo de Breydenbach, la guía romana titulada *Opusculum de mirabilibus novae et veteris urbis Romae* de Francesco de Albertinis y el *Bocabulario de quatro lenguas (Hebraea, Caldaea, Graeca et Latina)*. Completaban el expediente viajero sendos portulanos mediterráneos, un *Mapamundi* y una *Carta de Marear*¹¹. Encomendada la hacienda a su hermano, arreglados los pormenores del viaje, aparejada el alma tras confesión y comunión, don Fradrique y su séquito marchan por los caminos de Poniente.

II.2. *Los caminos de Poniente*

La partida es descrita por el manuscrito del *Viaje a Jerusalén* y por la *Historia de Bornos* que escribiera Pedro Mariscal. El 24 de noviembre de 1518, el Marqués de Tarifa, a la edad de cuarenta y dos años, después de la colación en el monasterio jerónimo de Bornos, emprende peregrinación hacia la Ciudad Santa. El cortejo que le acompaña, compuesto por su mayordomo don Alonso de Villafranca, un capellán y ocho criados, inicia su anda-

dura por tierras de sus estados señoriales, ante la expectación que una procesión de bordones despertaba entre sus vasallos. La recua de acémilas que se dirige hacia la frontera pirenaica, siempre ceñida a la costa levantina, rinde visita a la Virgen de Monserrat, se adentra en el Rosellón por el col de Perthus y alcanza la bella campiña provenzal en plenos los rigores del invierno. Entre villas de recreo y bosques adormecidos, que unos meses más tarde estallarán en un perfume de lavándulas, recalca en la ciudad de Marsella. Y, como suele ser moneda corriente entre los forasteros que la avistan por primera vez, ensalza la bonanza de su puerto: «el más seguro que puede ser, porque adonde están los navíos es un brazo de mar que entra... que nunca allí en tiempo ninguno la mar está más que una alberca»¹².

La ruta prosigue por el Delfinado, atravesando los Alpes por el puerto de Monginevro, donde unos porteadores bajan al Marqués «en una carretilla por la mucha nieve que había». Este constituía el mayor escollo orográfico del itinerario terrestre, pues los pasos alpinos sólo eran domeñados gracias a los trineos y a la pericia de los guías lugareños, desde donde escogían los puertos mediterráneos más convenientes en cada caso para emprender su singladura hacia Palestina. A través de la fértil llanura lombarda y de las prósperas ciudades repúblicas de la Italia septentrional, el Adelantado de Andalucía alcanza Milán con los marzales. En esta «ciudad muy grande y de mucho trato», no puede por menos que comparar el tamaño de su catedral con la de Sevilla, así como sus campos bien labrados con las vegas andaluzas cultivadas por hortelanos moriscos.

En pleno esplendor primaveral, el 12 de mayo de 1519, don Fadrique Enríquez llega a Venecia, el pórtico a las futuras maravillas orientales. Y la perla del Adriático le deslumbra, como sucedía a la mayoría de los viajeros occidentales, al punto de describirla como «la más hermosa población que ay en la Christiandad, porque sino se vee, no se puede juzgar». Las mismas sensaciones nos ha legado Fray Antonio de Aranda cuando en 1529, cantada la salve y otros versos de alegría, empezó a navegar a vela tendida desde la perla del Adriático. Y años más tarde hallamos repetida esta imagen idílica en la obra del propio Miguel de Cervantes, que pone en boca del Licenciado Vidriera la comparación de la capital de Su Serenísima República con la de México: «Estas dos ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo entero, la de América, espanto del nuevo mundo»¹³.

Lo más común era que los palmeros se concentrasen en Venecia a medida que se aproximaba el estío, procesionando en las fiestas del Corpus y de la Ascensión para aparejar las conciencias, puesto que la ciudad de los canales se había especializado en esta modalidad excursionista. A tal efecto, los

viajeros eran alojados en *fondaco* por «naciones» o lenguas y aliviaban sus males en *ospedali*, en tanto concertaban un contrato escrito con un patrón naviero estipulando al detalle las cláusulas correspondientes. En previsión de abusos, el Dogo concedía licencias oficiales a los capitanes, nombraba intérpretes que apostados en la Plaza de San Marcos o en el puente de Rialto ayudaban a los peregrinos a sacar pasaje, comprar bastimentos y cambiar monedas. Asimismo, en lares europeos o palestinos adquirían la famosa *Guía del Peregrino*, redactada por los custodios franciscanos de Monte Sión y reimpressa en sucesivas ediciones para actualizarla, que, junto a oraciones e himnos para cada ocasión, contenía la relación de lugares sagrados y aun la recompensa evangélica a obtener en cada uno de ellos.

Sin embargo, otros peregrinos obviaban este primer tramo caminero y embarcaban directamente en ciudades portuarias para verificar la singladura mediterránea, zarpando de Génova, Barcelona o Sicilia rumbo a Alejandría. Desde este nudo cosmopolita, atravesaban Egipto dedicándole todo tipo de lindezas nilóticas, rendían visita al monasterio de Santa Catalina en el Sinaí y proseguían trecho hasta la Ciudad Santa. Tal es el trayecto seguido por Pedro de Escobar Cabeça de Vaca hacia 1585, por el sacerdote olotí Miquel Matas en 1602 y por el franciscano Antonio del Castillo en 1656¹⁴.

Entre tanto, el grueso de peregrinos jerosolimitanos aguardaban en Venecia la formación de una flota regular, que solía hacer sendas travesías en primavera y verano, aprovechando las buenas condiciones de navegabilidad del *Mare Nostrum*. Allí es donde don Fadrique Enríquez se iguala con el patrón Marco Antonio Dandolo en 1519, para navegar el primero de julio en la nao *Coreça* junto a ochenta y cinco peregrinos más, entre los que amista con el músico Juan del Enzina que luego le dedicará su poemario intitulado *Trivagia*. También en la «ciudad invisible» recala Ignacio de Loyola a fines de 1523, obteniendo licencia del Dogo Andrea Gritti para embarcarse hasta Chipre, desde donde debe regresar disuadido por los guardianes franciscanos de su intención de prédica en Tierra Santa ante el clima belicoso creado tras la reciente conquista de Rodas por los turcos¹⁵. Antes de levar anclas, desde el capitán a los peregrinos, comulgaban y hacían «otras diligencias provechosas a sus conciencias».

II. 3. *Las escalas de Levante*

Las naos *Coreça* y *Dolfina* navegarán en conserva entre las ínsulas venecianas del Mar Egeo. Desde Istria a Zante, las factorías del Dogo sose-

garon el ánimo de los viajeros, mientras lo descompuso el cabotaje por aguas de la península de Morea, plagadas de corsarios berberiscos y acechadas por el Gran Turco. El 19 de julio de 1519, entuban el canal de Rodas, para quedar en cuarentena, siguiendo órdenes de los caballeros de San Juan, por lo que «no pudimos desembarcar aquel día porque a de venir antes la barca de la Sanidad, para saber si el navío viene sano y de lugar sano, y hasta que el Maestre lo sepa y de licencia, nadie se desembarca». Se trata de medidas profilácticas similares a las que se adoptarán en los grandes puertos del Mediterráneo desde Mahón a La Valetta. Lo cierto es que la breve estancia rodiota del Marqués de Tarifa, a la ida y a la vuelta de su periplo jerosolimitano, le dieron pie a incluir una disertación sobre la Orden del Hospital, en la que mezclará recuerdos personales y tratados historiográficos que sentarán plaza en su librería hispalense.

De la descripción de la capital isleña, se desprende la estampa de una ciudad fortaleza, de «buenos baluartes» y «mucho artillería», preparada para cualquier ataque de los enemigos infieles. Tras un par de centurias de asentamiento cristiano en el Dodecaneso, que habían deparado a la Orden el elogio pontificio de ser el más firme sostén de la Iglesia latina en Oriente, la guerra con los mahometanos arrojaba una larga relación de asedios y presas, cautivos y esclavos, heroísmos y traiciones. Los caballeros de los reinos occidentales se curtían en las *carvanas* o expediciones navales para ganar ancianidad y encomiendas. En ese momento, era Gran Maestre el italiano Frey Fabricio Carreto, que pasará a los anales como un digno adversario del Sultán Selim, quien se había apoderado de las provincias egipcíacas. De manera que la ocupación otomana de Otranto y Crimea, había dejado como únicos enclaves cristianos en Levante a los genoveses en Chíos, los venecianos en Chipre y los sanjuanistas en Rodas. En realidad, el Adelantado de Andalucía alaba el «antemural de la Fe», como se conocía a la Orden de San Juan, en la noche que precede a la batalla, puesto que la conquista rodiota por los turcos en 1523, empujará a sus caballeros a buscar una nueva sede insular en Malta. Pero este paso atrás de la Milicia de Cristo en la frontera mediterránea con el Imperio otomano lo conocerá el Marqués en su retiro sevillano de la Casa de Pilatos.

Entre tanto, las naos de peregrinos, tras recalar en Rodas, faldearon el enclave napolitano de Castilrojo en Asia Menor, tolerado por los turcos para poder comerciar con mercaderes cristianos. Pasando a una prudente distancia de Chipre y avistando San Juan de Acre, escoraron millas hacia el mediodía, y, tras una veintena de jornadas desde la partida veneciana, lanzaron amarras en el puerto de Jaffa. Sólo entonces, en suelo palestino, empezaron a cantar el *Te Deum laudamus*.

II. 4. *Las excursiones por el Paraíso terrenal*

Mas el camino no era tan franco ni la estancia tan libre. Antes de poder marchar por Tierra Santa, había que cumplimentar ciertos trámites burocráticos hasta alcanzar la Ciudad Santa, por lo que un enviado del Guardián de Monte Sión les amonestó acerca de las costumbres que debían observar en su visita a los Santos Lugares. Después, los peregrinos obtuvieron el salvoconducto pertinente tras registrarse en el libro del Cadí, contratando los servicios de un trujamán versado en lenguas arábigas y turquescas, mercando viandas a los vendedores ambulantes y alquilando asnos a unos arrieros locales, puesto que el uso del caballo estaba vedado para los cristianos. Para entonces, los viajeros ya se habían concienciado de las múltiples exacciones a las que iban a ser sometidos por los naturales, del negocio material que la peregrinación comportaba para los custodios palestinos.

Toda vez resueltas las formalidades, se formó una caravana con los romeros de las dos naos venecianas, la guardia de jinetes islamitas y el personal auxiliar (escribas, traductores, frailes, porteadores, etc.), hasta rondar los doscientos individuos. En plena canícula agostea, caminaron en hilera hasta Rama, «cuando ardía bien el sol», donde les obligaron a apearse y cubrir un trecho a pie hasta un descansadero con pozos de agua fría para calmar la sed. En este oasis programado, los vecinos les alquilaron esteras de juncos para dormir, mientras unos cristianos les prepararon la cena «por nuestros dineros». Las etapas siguientes discurrieron por un paisaje desértico, trufado de sequeros y palmeras, que se cobró la vida de un par de peregrinos, del tenor de un alemán deshidratado y un flamenco epiléptico. En cada parada o en cada cruce de caminos, el romero vivía una experiencia bíblica y litúrgica, rezando, venerando reliquias y celebrando eucaristías. De manera que estos parajes proféticos fueron creando la atmósfera emotiva adecuada para el encuentro con el Paraíso terrenal, exclamando don Fadrique: «Allegamos a Jerusalem este día jueves, a las vísperas poco mas, que no fue poca la alegría quando lo vimos...»¹⁶.

Con la llegada del peregrino a la meta, a pesar de las molestias y peligros pasados, se siente embargado por la emoción al contemplar el lugar sagrado. Cual *laetitia spiritualis* que se respira en el extremo del viaje iniciático al saberse en la Tierra Prometida. Es entonces cuando entran en escena los ritos de aproximación al encuentro con el misterio divino. En la peregrinación cristiana, el romero participa en la procesión, el cántico, la oración, el beso de la talla o el icono y la ofrenda que le vincula con la divinidad. Lo que en Jerusalén se experimenta rememorando la Pasión de Cristo. Y será en el santuario, en la iglesia del Santo Sepulcro, donde el peregrino confiese sus pecados y participe en la celebración de la eucaristía, en el que obre su ansiado encuentro con Dios.

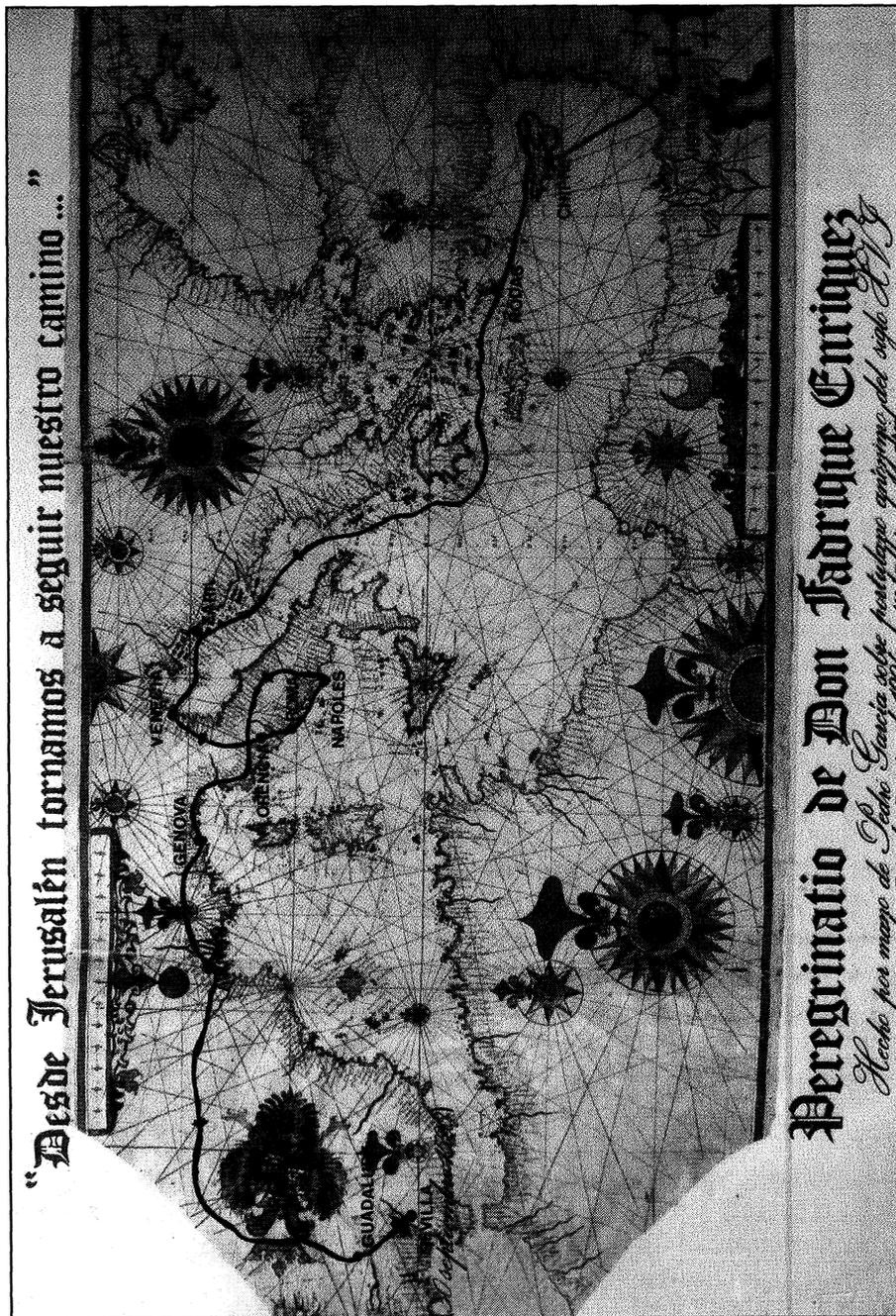


FIGURA 2. Carta del viaje de vuelta de don Fadrique Enriquez hecha por mano del cosmógrafo Pedro Garcia Martín en su taller de Madrid

De forma que, después de una cena de bienvenida y de pernoctar en el hospital de Santiago, los viajeros de la *Dolfina* y la *Coreça* pasaron a someterse a un recorrido organizado por los lugares santos bajo la guía de los franciscanos de Monte Sión. Una agotadora jornada se dedicaba a visitar los misterios: oratorio de la Virgen, tumbas de mártires, lugar de elección de Santiago como obispo... Otra, a los restos patrimoniales: Templo de Salomón, ermita de la conversión de San Pablo, agujero de la Cruz... Y en todo momento y lugar, las omnipresentes reliquias: clavos, coronas, pedazos de la cruz, huesos de santos y hasta ¡huellas del Señor! Los musulmanes, que acogían a sus propios peregrinos, no les iban a la zaga a los cristianos y les daban la réplica mostrando en la mezquita de Omar ¡un pelo del profeta!

Amén de vigiliias y misas nocturnas en la iglesia del Santo Sepulcro, la ceremonia ritual por excelencia de la peregrinación consistía en armas nuevos caballeros de dicha Orden, en el recordatorio cruzado a los aspirantes romeros. Este privilegio, reservado a una minoría aristocrática, había ido deformando sus valores originales: el aquitano Nompar de Caumont, en 1419, se hace acompañar de un caballero de Rodas para el acto de investidura; el andaluz Pero Tafur, en 1437, se atribuye el papel de maestro de ceremonias; el alemán Félix Fafri, en fin, en el año 1483, esgrime como probanzas no tanto la buena reputación como la fortuna suficiente. No debe extrañarnos, pues, que don Fadrique Enríquez perciba el capítulo como una práctica rutinaria, pues las averiguaciones de hidalguía «aunque se solía a cada uno decir, díjose de siete en siete, por abreviar». Para concluir entregando una limosna obligatoria de diez ducados a cambio de las cartas de calidad nobiliaria¹⁷.

El programa de visitas a Tierra Santa se completaba con excursiones facultativas a Belén, Nazaret y al río Jordán, que son consideradas estaciones fuera de Jerusalén. El Marqués de Tarifa observa con ojos piadosos escenarios y reliquias bíblicas, aunque ya emplea expresiones dubitativas, del tipo «y dicen» o «como me lo contaron, así lo cuento». Y es que muchas de las gracias espirituales se obtenía contemplando vistas tan ingenuas como la playa donde San Pedro pescaba, el lugar donde Pilatos se lavó las manos, la fuente donde María hacía la colada familiar, el plantón de la zarza de Moisés o un hueco en el pesebre «a do dicen que la estrella de Oriente se quedó parada en el cielo». Un repertorio que haría hoy flaquear la fe del creyente más pintado, pero que, por paradójico que nos parezca, en parte sigue siendo aún recorrido por los peregrinos actuales. Sea como fuere, de vuelta a cubierta, aprobaron rumbo casa, y, tras una incómoda escala en Chipre y una peligrosa tormenta en aguas griegas, recalaron en la laguna véneta en noviembre de 1519. El amanuense sevillano anotó en su diario: «en el viaje a Jerusalén tardé quatro meses y quatro días».

II.5. *El viaje de Italia*

Donde termina el relato del peregrino comienza el del humanista. Para armonizar las armas y las letras, la religión y la cultura, el espíritu católico y la vocación clásica. Se trata del llamado «viaje de Italia» que cursaron los prohombres del Renacimiento. De manera que, en lugar de dirigir sus pasos presurosos hacia Sevilla, la comitiva del Adelantado de Andalucía deambuló sin agobios por la Península Itálica, visitando a sus personalidades y adquiriendo obras de arte.

En esta línea se manifiesta su estancia en la ciudad de los canales, en la que se ejercita en el *dolce far niente* tras las incomodidades sufridas en Oriente Próximo, comprando antigüedades y artesanías de papel y cristal. Además, le fascinan por igual el cosmopolitismo de Venecia y su organización política, a la que no duda en calificar de modélica y en describir el complejo mecanismo seguido para la elección del Dogo. A pesar de que la monarquía autoritaria de los Reyes Católicos y la constitución imperial del César Carlos eran tan distintos de los regímenes italianos, a don Fadrique, como le sucedió a otros intelectuales del *Cinquecento*, el buen gobierno veneciano le pareció el proyecto cristianizado de los filósofos clásicos, la encarnación de la República ideal de Platón.

La siguiente parada le lleva nada más y nada menos que a la Florencia paradigma del Renacimiento. Como huésped de los Médicis que gobernaban la Señoría, recorre los palacios y conventos, las calles y puentes, las villas y viñedos de la campiña. Asiste a la festividad mayor de San Juan, en la que se corren palios, se procesionan imágenes y se ofrenda en el Baptisterio a golpe de trompetas, tambores y banderas. Eran los colores del esplendor mediceo en puertas de convertirse en Gran Ducado de Toscana¹⁸.

La bajada por lares etruscos condujo a la expedición hispalense hasta la Ciudad Eterna. Extraña el mutismo que guarda en su diario sobre su estancia romana. Máxime cuando sabemos por otras fuentes que el papa León X introdujo a don Fadrique Enríquez en su corte artística, en sus fiestas y banquetes, concediéndole importantes privilegios que enriquecieron su bulario. Además, coincidió con los meses en los que el pontífice estaba fraguando la excomunión de Lutero, por lo que el Vaticano sería un hervidero de rumores. Pero lo cierto es que el texto reanuda el relato en mayo de 1520 con la llegada a Nápoles, lugar de activo comercio y gente principal, donde se interesa por la mirífica licuefacción de la sangre de San Genaro, «que es la cosa mejor que yo nunca vi quanto anduve, porque se ve manifiesto el milagro cada día»¹⁹.

Apenas le restaba a nuestro peregrino desandar el camino. De ahí que, ascendiendo por los Estados Pontificios, rindiera culto franciscano en Asís y mariano en Loreto, admirase la «acostada» torre de Pisa, hiciese encargos a los traductores del Colegio Español de Bolonia, y, en fin, le sorprendiera la hermosura y libertad de las genovesas. Para acelerar la marcha por suelo francés, cruzar la frontera, adecentar la conciencia en el monasterio de Guadalupe y retornar a Sevilla el 20 de octubre de 1520. En su cuaderno de viajes anotó un escueto *Deo Gratias*.

III. El retiro edénico en la casa de Pilatos

En la Europa del Renacimiento, las peregrinaciones a Tierra Santa irán despojándose de la idea medieval de *errance*, de aventura arriesgada de los paladines cruzados que pretendían liberar Jerusalén del yugo agareno. Puesto que ahora, modificados sus argumentos ideológicos, se convertirán en viajes de lujo para personas principales de los estamentos privilegiados, a los que algunos de sus protagonistas calificarán de «camino sin pesadumbre»²⁰. Además, la ruptura confesional, la intolerancia que llevó a las guerras de religión, hizo que jubileos e indulgencias fuesen puestos en tela de juicio por reformistas y reformados. De resultas, mientras los luteranos y calvinistas abominarán de lo que consideraban un itinerario mercantilizado, los católicos se reafirmarán en las convicciones tradicionales, máxime cuando el Concilio de Trento justifique la peregrinación con prudencia. El único punto de encuentro entre los teóricos papistas y protestantes menos extremistas será la idea de la peregrinación «como senda espiritual del cristiano».

Mas al Marqués de Tarifa, que a su regreso a casa había doblado el meridiano de su vida, los frentes teológicos y militares le empezaban a quedar anclados en el pasado. Afirmada su fe por mor del peregrinaje, reforzada su cultura humanista gracias a la experiencia italiana, don Fadrique encarna el modelo de noble moderno que en su juventud militar en las armas y en su madurez lo hiciera en las letras. Es por eso que, para rendir culto a sus progenitores, encargó al escultor genovés Antonio María de Carona innovadoras obras sepulcrales. Poco después, implantó el rezo de las siete estaciones de cuaresma, reconocido en 1527 por bula del papa Clemente VII. Mandó levantar el Hospital de las Cinco Llagas, que el vulgo conocerá como el de la Sangre, recordando su visita a las instalaciones sanjuanistas en Rodas, sobresaliendo «su botica, que se juzga por la más abundante de Medicinas de todo el

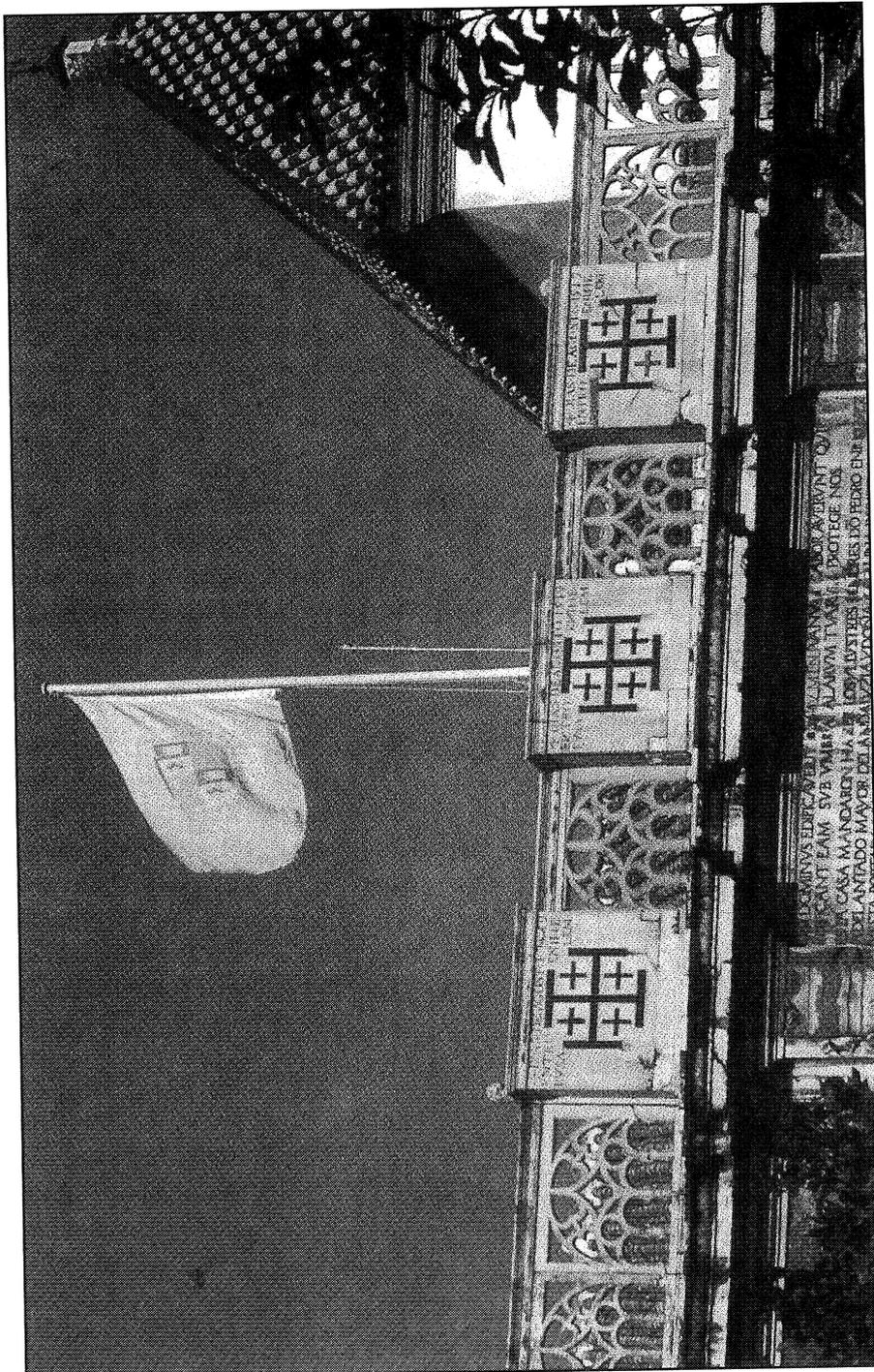


FIGURA 3. Fachada de la sevillana Casa de Pilatos (Foto: Pedro García Martín)

Reyno, de la cuales se dan graciosamente a quelesquiera pobres de la ciudad con receta de algún Médico»²¹. Y, sobre todo, se hizo construir el palacio de los Adelantados o de los *Quattor Elementa*, rebautizado en 1540 como Casa de Pilatos por el canónigo Saavedra al crear el Vía Crucis a la muerte de don Fadrique. Porque será en ese *locus amoenus* donde se retire el peregrino jerosolimitano para vivir en paz sus postrimerías.

Las huellas de la peregrinación las fijó el Marqués de Tarifa en su palacio de la colación de San Esteban y en los tesoros descriptivos de su manuscrito. En la Casa de Pilatos, porque su fachada nos recibe aún hoy con cruces jerosolimitanas, citas bíblicas e inscripciones alusivas a la romería. Y el interior alberga los nuevos ideales artísticos italianos, como los medallones de emperadores romanos, el patio con bustos y con personajes mitológicos, los mármoles de Carrara y las esculturas genovesas que esmaltan las estancias y el cenotafio de la cartuja de las Cuevas. Esto hace del Adelantado de Andalucía un introductor de las formas artísticas del Renacimiento en la ciudad de la carrera de Indias, despertando entre otros nobles la fiebre por construir el *palazzo* clásico, así como el coleccionismo de piezas griegas, romanas y obras recién salidas de los talleres itálicos²².

Pero la impronta del periplo también está en las páginas de su diario peregrino, que atesora los frutos espirituales y materiales del viaje, en forma de datos, leyendas y panorámicas de los países recorridos. De forma que se suceden las observaciones geográficas, naturalistas, urbanas, militares y costumbristas, entre las que cobran especial interés a nuestro tema su percepción de Tierra Santa, el contraste entre la belleza leída en las Sagradas Escrituras y la realidad patrimonial de un país semi-ruinoso. De alguna manera, gracias a su mentalidad moderna, a su ánimo abierto a las novedades, se apropia de las «maravillas» literarias para plasmarlas en el manuscrito vívido de su peregrinación²³. Desde la penumbra de su biblioteca, desde la luminosidad de sus jardines, don Fadrique Enríquez soñaba con la visión de Sevilla como la Nueva Jerusalén terrenal.

Por eso ordenó con esmero el rito de su último viaje. Cuando fallece en 1539, será enterrado en la cartuja de las Cuevas junto a sus antepasados, portando como compañía el hábito de Santiago y algunas reliquias de Tierra Santa. En su testamento cita la sentencia de San Agustín: «peligrosa cosa es esperar a la postrera hora que es muy breve...». Tan efímera como su peregrinación desde Sevilla a Jerusalén. La fugaz Odisea al Paraíso de un noble renacentista.

Notas

¹ La recreación del viaje del Marqués de Tarifa la realicé en el libro GARCÍA MARTÍN, Pedro (1997): *La Cruzada Pacífica. La peregrinación a Jerusalén de don Fadrique Enríquez de Ribera*. Barcelona, El Serbal, 1997. La transcripción del manuscrito que contiene el diario de la peregrinación, así como el contexto mediterráneo y sevillano del Renacimiento, se encuentra en la obra (2001) *Paisajes de la Tierra Prometida. El Viaje a Jerusalén de Don Fadrique Enríquez de Ribera*. Madrid, Miraguano Ediciones, 2001. Y una reflexión sobre el paisaje urbano de la Ciudad Santa puede verse en mi volumen (2000) *Imágenes Paradisi. Historia de la percepción del paisaje en la Europa moderna (ca.1450-ca.1850)*. Madrid, Obra Social de Caja Madrid, 2000.

² HERBERS, Klaus (1999): «Peregrinaciones a Roma, Santiago y Jerusalén», en CAUCI VON SAUKEN, Paolo (a cargo de): *El mundo de las peregrinaciones. Roma, Santiago, Jerusalén*. Madrid, Lunwerk, 1999, p. 104.

³ DANTE ALIGHIERI: *La Vida Nueva*. Madrid, Siruela, 2ª ed. 1988, pp. 112-114.

⁴ Cit. por GARCÍA MARTÍN, Pedro (1997): *La Cruzada Pacífica. Op. cit.* Barcelona, El Serbal, 1997, p. 16, y para el tránsito de la geografía simbólica a la científica GARCÍA MARTÍN, Pedro: «Maravillas y certezas: del espacio fantástico al espacio real en la Europa moderna», en SÁNCHEZ-TERÁN, Salvador, BALESTRACCI, Duccio y otros (2001): *La formación del espacio histórico: transportes y comunicaciones*. Salamanca, Ediciones Universidad, 2001, pp. 191-213.

⁵ GARCÍA MARTÍN, Pedro: *La Cruzada Pacífica, op.cit.*

⁶ Véase WADE LABARGE, Margaret (1992): *Viajeros medievales. Los ricos y los insatisfechos*. Madrid, Nerea, 1992, pp. 119-129 y p. 281.

⁷ *Andanzas y viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos (1435-1439)* (1874). Madrid, 1874, 2 vols, y ed. facsímil en Barcelona, El Albir, 1982.

⁸ BREYDENBACH, Bernardo de: *Viaje de la Tierra Santa* (1974). Madrid, Ed. facsímil a cargo del Ministerio de Educación y Ciencia, 1974 (1ª ed. alemana 1486 y castellana 1498).

⁹ Puede consultarse una relación de la literatura ibérica de las peregrinaciones a Jerusalén, así como una antología de diarios de viaje, en JONES, Joseph R. (ed.): *Viajeros españoles a Tierra Santa (siglos XVI y XVII)* (1998). Madrid, Miraguano, 1998, p. 95 y ss. Por cierto, que este autor no menciona el manuscrito de la peregrinación de don Fadrique Enríquez de Ribera, a pesar de haberlo dado a conocer con signatura incluida un año antes en mi libro GARCÍA MARTÍN, Pedro: *La Cruzada Pacífica, op. cit.*, p. 153. Asimismo, puede navegarse en la dirección de internet www.delacuadra.net/escorial, que contiene un apartado sobre viajes a Tierra Santa en el siglo XVI.

¹⁰ Véase la biografía del personaje por GONZÁLEZ MORENO, Joaquín (1974): *Desde Sevilla a Jerusalén*. Sevilla, Monte de Piedad, 1974, y por GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel: «La biografía de don Fadrique Enríquez de Ribera», en GARCÍA MARTÍN, Pedro (coord.) (2001): *Paisajes de la Tierra Prometida, op. cit.*, pp. 77-98. En el mismo libro la Sevilla del Renacimiento es recreada por Carlos Martínez Shaw, el legado artístico de don Fadrique por Vicente Lleó Cañal y el estado de la cuestión de los manuscritos romeros por Vicenç Beltran.

¹¹ ÁLVAREZ MÁRQUEZ, Mª Carmen (1986): «La biblioteca de don Fadrique Enríquez de Ribera, I Marqués de Tarifa (1532)», en *Historia, Instituciones, documentos* n° 13, Sevilla, 1986, pp. 1-39. A esta autora debemos la excelente transcripción de la copia lujosa del manuscrito fadriqueño en GARCÍA MARTÍN, Pedro (coord.): *Paisajes de la Tierra Prometida, op. cit.*, pp. 171-347.

¹² Biblioteca Nacional, Manuscrito 9.355, *Viaje de don Fadrique Henríquez a Jerusalén*, fol. 10v y 11.

¹³ Las citas venecianas de don Fadrique y de Cervantes aparecen recogidas en GARCÍA MARTÍN, Pedro: *op. cit.*, pp. 66-71. Y la de ARANDA, Fray Antonio en *Descripción de Jerusalén y de toda la Tierra Santa* (1537). Toledo, Imprenta de Juan de Ayala, 1537.

¹⁴ El diario de ESCOBAR CABEÇA DE VACA, Pedro (1587) se titula *Lucero de la Tierra Sancta, y grandezas de Egipto y Monte Sinay*. Valladolid, Imprenta de Bernardino de Santo Domingo, 1587. El viaje de Miquel Matas es objeto de análisis en HOMS, Antoni y VILA, Pep: «L'olotí Miquel Matas i la seva 'Devota peregrinació' de la Terra Sancta y ciutat de Hierusalem», en *Annals de l'Institut d'Estudis Gironins*, Vol. XL (1999), pp. 123, 136. El amigo Antoni Homs tiene en prensa una edición anotada de esta obra que confiamos vea pronto la luz. La cita de Antonio del Castillo aparece en JONES, Joseph R. (ed.), *op. cit.*, p. 428 y ss.

¹⁵ CARAMAN, Philip (1990): *Ignatius of Loyola: a biography of the founder of the Jesuits*. San Francisco, Harper y Row, 1990, p. 44, y MANZANO MARTÍN, Braulio (1995): *Íñigo de Loyola peregrino en Jerusalén (1523-1524)*. Madrid, Ediciones Encuentro, 1995.

¹⁶ Biblioteca Nacional, Manuscrito 9.355, *Viaje de don Fadrique*, fol 67v y 68r.

¹⁷ *Idem*, fols. 106-109v.

¹⁸ *Ibidem*, fols. 215-216. Para la historia de la ciudad del Arno véase TENENTI, Alberto (1984): *La Florencia de los Médicis*. Madrid, Sarpe, 1984.

¹⁹ *Ibidem*, fols. 223-224.

²⁰ La expresión corresponde a ARANDA, Fray Antonio de, *op. cit.* Mientras que a finales de siglo Pedro de ESCOBAR CABEÇA DE VACA en su *Lucero de la Tierra Sancta, op cit.*, afirmaba de forma más contundente: «El camino de Jerusalén en nuestra España tienen por muy peligroso y difícil, y aun no se si por imposible, siendo fácil, llano y gustoso».

²¹ MORGADO, Alonso de (1587): *Historia de Sevilla*. Sevilla, 1587. Ed. Facsímil, 1981, p. 86.

²² Los aspectos artísticos de la Casa de Pilatos han sido estudiados por LLEÓ CAÑAL, Vicente (1979) en sus obras *Nueva Roma: Mitología y Humanismo en el Renacimiento sevillano*. Sevilla, Diputación Provincial, 1979, y; *La Casa de Pilatos*. Madrid, Electa, 1998.

²³ GARCÍA MARTÍN, Pedro: *La Cruzada Pacífica, op.cit.*, pp. 133-137.